9070

El Problema de la vivienda

7

EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA

SAINETE EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Juan José Lorente

Estrenado en el TEATRO INFANTA ISABEL de Madrid
el 29 de Abril de 1922

ZARAGOZA
Talleres Editoriales del Heraldo de Aragon, Coso, 74 y 100
1922

AL POPULARÍSIMO

ARTURO SERRANO

Su muy amigo,

Juan José Lorente.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
D.ª PAQUITA	Julia Lajos
IRENE	Florentina Montosa
VENANCIA	Mercedes Sampedro
ANGUSTIAS	María Robles Bris
CARUSO	Francisco Alarcón
D. LEOCADIO	Mario Albar
TEODULO	Pascual Rodrigo
ESTEBAN	Antonio del Pino
URBANO	Julián G.ª Valbuena
DONOSO	César Goya
SERAFIN	Lydia Medrano

La acción en cualquier gran ciudad de España.

Epoca presente.

669971

OBRAS DEL AUTOR

Calor de nido, boceto de comedia.
Flor de almendro, comedia en dos actos.
La loca afición, juguete en dos actos.
Peor que la enfermedad, comedia en dos actos.
El santo de la alcaldesa, apropósito.
El hogar del porvenir, humorada en un acto.
Fémina-Kursaal, apropósito.

En colaboración con Tomás Aznar

La juerga del Centenario, disparate lírico, música del maestro Aula.
Uno de tantos, juguete en un acto.
Yo soy concejal, monólogo.
Aires del Moncayo, zarzuela, música de Aula.
Huelga de señoras, zarzuela, música del maestro Penella.

En colaboración con Alberto Casañal

Zaragocita, inocentada en un acto.
Paella zaragozana, ídem.
La ciudad risueña y desahogada, ídem.
Zaragoza bolchevique, ídem.
El diablo está en Zaragoza, ídem.
Zaragoza de mi vida, zarzuela, música del maestro José Vázquez.

En colaboración con los señores Aznar y Casañal

Entre chumberas, zarzuela, música del maestro Penella.

ACTO ÚNICO

Gabinete de casa burguesa.—Balcón al fondo.—Puertas laterales.—Muebles sencillos y elegantes.—Teléfono.

En escena D.ª Paquita, viuda bastante joven y bastante guapa, sentada y examinando unos papeles. En pie, muy respetuoso y zalamero, Don Leocadio, su administrador, cincuentón ladino y servil.

LEOCADIO. Lo dicho, mi señora doña Paquita; que la quiere Dios para millonaria. Y cuando El se empeña...

PAQUITA. ¿Tan ventajosa es la proposición?

LEO. Usted calcule. Ahora venimos a sacar de las guardillas... unos treinta duros al mes. Treinta duros cobrados a repelones, tarde y mal. Y Magaña, el fotógrafo, ofrece por todo el piso cuatro mil pesetas, limpias como el diente del perro...

PAQ. Pero habrá que hacer obras.

LEO. Las hace Magaña por su cuenta...

PAQ. ¿Y luego, cuando él se marche...?

LEO. Se compromete a dejar el piso como lo ha encontrado.

PAQ. Siendo así...

LEO. Yo creo que no debe usted dudar. ¡Buena diferencia va de tener en casa esa chusma, a tener un fotógrafo de postín. ¿Usted sabe lo que gana la finca con el cambio?

PAQ. Claro que sí.

LEO. Además hace usted una buena obra. El pobre Magaña está ahogado. Le echan del piso y, vamos, es hundirle. No encuentra, ni por un ojo de la cara, dónde instalar su galería. ¡Figúrese lo que eso supone! Perder la clientela; la muerte de su industria. ¡La ruina, vamos, la ruina!

PAQ. Toma usted este asunto con mucho calor...

LEO. Interés por usted, que se toma uno.

PAQ. ¿Nada más? (*Jovial e irónica*).

LEO. Interés también por Mañaga, que es un viejo amigo.

PAQ. ¿Nada, nada más?

LEO. No me hará la señora el agravio de suponer...

PAQ. Don Leocadio, que nos conocemos. Cuando usted toma la cosa con tanto fuego, su cuenta le traerá.

LEO. (*Turbado.*) Le juro que...

PAQ. ¿No habrá por medio una recomendación de faldas? ¡Picaronazo!

LEO. Que el Señor me castigue si tal ocurre.

PAQ. ¿No buscará usted una propinilla de Magaña? Ande, confiéselo. Si no me enfado. Los tiempos son duros y hay que reforzar los ingresos como se pueda.

LEO. Señora: por las cenizas de mis mayores...

PAQ. Cuidado con esas cenizas, no se las vaya a llevar el aire.

LEO. ¡Pero qué aquél el de mi señora doña Paquita! Hasta cuando le insulta a uno tiene uno que quedarle agradecido.

PAQ. ¡Buen truhán es usted! Con sus mansedumbres y sus zalemas, hace de mí lo que quiere.

LEO. ¡Ay si el Señor me lo hiciera bueno!

PAQ. Ahora, como siempre, se saldrá usted con la suya.

LEO. Pero ¿qué persigo yo más que el interés de la señora? Figúrese: de dos mil pesetas a cuatro mil. Y limpiar la casa de esa gentuza, destrozona y mal hablada que le pone a uno como hoja de peregil. Me parece que...

PAQ. Sea; le alquilaremos al fotógrafo toda la guardilla...

LEO. (Cuarenta "laureanos" que te cascas.)

PAQ. ¿Decía usted?

LEO. No; nada.

PAQ. Bueno; pero ¿y esa pobre gente?

LEO. ¡Pobre gente! Si supiera usted las perrerías que dicen de usted y de mí. Y lo que cuesta hacerles pagar un recibo. Hay que echarles el pie al cuello.

PAQ. Mire don Leocadio, que no quiero líos, ni escándalos, ni reclamaciones judiciales.

LEO. Descuide la señora. ¿Para qué soy yo una especie de Alcubilla en rústica? Usted diga que está conforme y lo demás corre de mi cuenta.

PAQ. Bueno, bueno. Dos mil pesetas no son de tirar. Pero, por Dios don Leocadio, que no quiero disgustos.

LEO. Esté tranquila. No pasará nada.

PAQ. Ahí se queda usted. Yo bajo un momento a ver a mi prima.

LEO. Yo, con su licencia, voy a enviarles el primer aviso a los de la "gloria". Y luego a darle a Magaña la buena nueva y a ver al notario.

PAQ. Hasta enseguida.

(Mutis por la izquierda).

LEO. (*Frotándose las manos.*) Doscientas del ala. Cien para comprarle a "esa" el "pendantif" de piedras "ful" y que me levante el "boicot". Las otras cien para una gabardina entallada que me quite de encima ocho o diez años. (*Hace sonar el timbre.*)

(Llega Irene por la derecha).

IRENE. ¿Llamaba el señor?

LEO. Querida Irene...

IRE. Dos puntos.

LEO. ¡Mucho! Veo que estás de ortografía tan bien como de formas.

IRE. Alivie, señor; que tengo prisa.

LEO. No seas súpita, mujer. ¿Quieres hacerme el favor de decirle al portero que suba? (*La tira un pellizco.*)

IRE. ¿Y usted quiere hacer el favor de estarse quieto?

LEO. No sé qué les pasa a mis nervios.

IRE. ¿No será el baile de San Vito?

LEO. (*Repite el juego.*) Anda, llama al señor Teódulo.

IRE. Y a usted también le voy a llamar una porción de cosas feas. (*Al mutis.*)

"Se metió en mi corazón
como un ladrón."

(Desaparece por la derecha).

LEO. ¡Milagro que no me colocase la tonadilla!

IRE. (*Dentro.*) ¡Señor Teódulo!

TEODULO. (*Dentro.*) ¿Me llamas, pimpollo?

IRE. Yo no; don Leocadio, que es lo mismo.

TEO. Menos un poco. Subo enseguida.

(Reaparece Irene por la derecha).

IRE. Ya sube el portero. ¿Algo más?

LEO. Que cambies de disco; porque estoy de "Mi hombre" hasta la coronilla.

IRE. ¿Y yo qué culpa tengo de que sea eso lo que se lleva? (*Al mutis.*)

"Le espío al llegar.
Nunca dejo de pensar
en mi hombre..."

(Desaparece por la derecha).

LEO. Bueno; a los inquilinos les va a sentar el recado como una perdigonada; pero ya lo dicen los franceses: "Les afaires son les afaires; les amis son les amis".

TEO. (*En la caja derecha.*) ¿Hay "liciencia"?

LEO. Pase, Teódulo. Pero se dice licencia, cen, sin diptongo.

TEO. Con usté nunca sabe uno a qué carta quedarse. El otro día dije Audencia y me puso un pleito.

LEO. Como que es diferente.

TEO. Pues no veo la diferiencia.

LEO. ¡Qué bruto!

TEO. Pa tres machacantes que le dan a uno, masiao bien habla.

LEO. A otra cosa. Ahora mismo sube usted a las guardillas y les dice a los inquilinos que están despedidos.

TEO. ¿A todos?

LEO. A todos. Se queda el piso un fotógrafo en muy buen dinero.

TEO. ¿Lo ha pensado bien?

LEO. ¿Por qué lo dice?

TEO. Porque usté no sabe la marimorena que se va a armar.

LEO. ¿Usted cree?

TEO. ¡A ver! Plante usté en la calle a seis familias y al señor Caruso, que no van a encontrar dónde meter la cabeza aunque se vuelvan micos y ¡el caós!

LEO. Usted obedezca y nada más. Que se arreglen los despedidos como puedan.

TEO. Voy, voy; pero pa mí que el belén que se arme no será precisamente pa una noche buena.

(Mutis por la derecha).

LEO. Irene. Irenita...

(Llega Irene por la derecha).

IRE. ¿Llamaba usted?

LEO. Sí, monada. La señora ha salido ¿verdad?

IRE. Sí y no. Está abajo, en la habitación de su prima.

LEO. Pues cuando vuelva le dices que ya están despedidos los de las guardillas. Y que yo voy a casa del notario. Si algo ocurriera, me llamáis por teléfono. 13-25. ¿Te acordarás?

IRE. Vaya tranquilo.

LEO. Adiós, rica. Y que no seas tan adusta. (*Vuelve a pellizcarla.*)

IRE. (*Rechazándole con un cachete.*) Ni usted tan pelmazo.

LEO. Hasta luego.

(Desaparece Leocadio por la derecha).

IRE. A este tío le voy a poner yo la cara como una falsilla el día menos pensao. Los he visto pegajosos, pero éste es un lacre. (*Mira al balcón.*) ¡Anda, la Valeriana que me hace señas. (*Abriendo el balcón.*) Chica! ¿Ya has vuelto de la compra? Me choca, porque no son más que las once y media. ¿Habéis tarifao con el artillero?

VALERIANA. (*Dentro.*) Está arrestao. Pero pa dos días na más. Oye, ¿sales el domingo?

IRE. A ver, qué vida.

VAL. Porque tenemos plan. Ya te contaré...

IRE. Déjalo para ahora mismo.

VAL. No pué ser. Me llama el señorito, que es de lo más desigente. Se pone hecho un burro si tardo en ir. ¡Habrá salido la señorita! Luego charraremos.

IRE. Anda con Dios mujer.

VAL. Hasta enseguida.

(Suena el timbre de la puerta).

IRE. Llaman ¿Quién será? (*Sale a abrir.*)

TEO. (*Dentro.*) ¿Se ha marchao don Vaselina?

IRE. Ahora mismo.

(Llegan por la derecha Irene y Teódulo).

TEO. Y la señora ¿no está?

IRE. Abajo, en casa de doña Paula.

TEO. Pues hay que darle el trago.

IRE. ¿Qué pasa?

TEO. ¡Una frutesa! Que me ha mandao don Vaselina decirles a los de las guardillas que los despide; que he subido, que he soltao el mensaje y que no bajo en compota por un milagro.

IRE. Les habrá sentao la noticia como un tiro.

TEO. ¡A ver! Enseguida han armao el mitin en el corredor. Y allí están, tomando acuerdos. Hay partidarios de quemar la casa y partidarios de lynchar a don Vaselina.

IRE. ¡Qué espanto!

TEO. Ya te digo yo que la polca será de las de no te menees.

IRE. ¿Y qué hacemos? A usté no se le ocurre nada?

TEO. Me se ocurre que podías darme un buchito de ese rancio que bebe la señora; porque tengo un reseco atroz.

IRE. ¡Ande usté y que lo vacunen! Miá con lo que sale ahora.

(Vocerío dentro).

TEO. ¿Oyes, oyes? Es la "jarka".

IRE. Serán capaces de bajar?

TEO. ¡Con la cara y el pelo! Y a doña Paquita le dan el five ocloque. Eso es viejo.

IRE. Voy a contarle lo que pasa. Y a decirle que no suba; que espere en casa de doña Paulita a ver en qué para esto. Quédese aquí un instante...

(Sale precipitadamente por la derecha).

TEO. (*Mirando un frasco grande de ron-quina que habrá en un mueble.*) Me paece que es éste el rancio ese que desopila. El color al menos. (*Descorcha el frasco y va a beber.*)

(Entra Irene de nuevo).

IRE. Oiga usté.

TEO. ¡Caray! que me tié prohibidas el médico las impresiones fuertes.

IRE. Mientras yo bajo al entresuelo, usté llame por teléfono a don Leocadio.

TEO. Oye, rica; que yo no he chamullao enjamás por un cacharro de esos.

IRE. Es muy sencillo. Oprime el botón y pide que le pongan con el 13-25. ¡Vivo, que la cosa urge!

(Desaparece por la derecha).

TEO. El botón... Que me pongan con el 13-25... ¡Mi suegra, qué lío! Lo mejor será tomarlo con calma. Y aclarar un poco la voz. (*Vuelve a tomar el frasco y bebe con avidez.*) ¡Ah! ¿Qué porquería es ésta? ¡Si me hinchao de ron-quina! Me van a crecer trenzas en el estómago. Y encima pué que piense la Crisanta que se la he pegao con alguna demimondaine. Ah, que raspera!... Vamos ahora a eso del botón. (*Se acerca al teléfono con mucha timidez.*) ¿Pues no me da miedo este cacharrito? Seré mandría. (*Acerca el dedo al botón y lo retira varias veces.*) Nada, que me da reparo. Hay que hacer de tripas corazón. (*Oprime un tornillo cualquiera y sin esperar que el timbre suene, ni coger el auricular, habla a gritos.*) Buenos días. Paece que no contestan... (*Repitiendo el juego y alzando mucho más la voz.*) ¡Buenos días! (*Aplica a la bocina los labios y el oído alternativamente.*) Juraría que no contesta nadie. ¡¡Buenos días!! ¿Está usté bueno? Soy Teódulo. ¿Eh? Que soy el señor Teódulo, el portero de aquí del 26... No oigo palabra... Que me pongan con el 13 y con el 25 y que venga corriendo don Vaselina, vamos don Leocadio, que la señora está muy apurada... ¡Ni pío!... ¿Ha oído?... Pa mí que me están tomando el pélo... ¿Se ha enterao bien?

(Llega Irene por la derecha).

IRE. Hombre de Dios, pa dar esas voces no hace falta teléfono. Sale usté al balcón, y le oyen aunque sea en Cuenca.

TEO. Pues aún así me paece que no se han enterao.

IRE. ¿Ha tocado usté el timbre?

TEO. ¿Qué timbre?

IRE. Este.

TEO. Oye, monada, que tú no me has hablao a mí de ningún timbre, más que de un bo-

tón. Lo cual que me he puesto de apretar aquí, que por poco me quedo sin yema.

IRE. ¡Zángano!

TEO. Oye tú, que uno no ha estudiao en Salamanca. ¿Dónde he de apretar?

IRE. Ya no hace falta. Don Leocadio debe estar al caer. Ha ido a llamarle la muchacha del entresuelo.

TEO. Entonces yo, con tu permiso, ahueco. En estas cuestiones, el portero debe ser nutrial. Conque ¡hasta la primavera!

IRE. La Magdalena le guíe, señor Teódulo. (*Intenta acompañarle.*)

TEO. No te molestes, que me sé el itirinerario.

(Sale por la derecha).

IRE. ¡La que se va a armar, Dios mío!

TEO. (*Dentro.*) Usté pué pasar aquí y en el Banco.

VENANCIA. (*Dentro.*) No estoy pa guayaberas, señor de portero.

IRE. ¿Quién viene?

(Llega Venancia por la derecha. Cuarentona de rompe y rasga).

VEN. Salú, Irene.

IRE. Hola, Venancia.

VEN. ¿Está la señora?

IRE. Acaba de salir.

VEN. ¿Y don Vaselina?

IRE. También ha salido.

VEN. (*Sentándose.*) Bueno; ellos volverán. Porque a mí me oyen. ¡Por éstas, que son cruces, que me oyen!

IRE. ¿Qué le pasa, mujer?

VEN. A tí te parece que es conciencia que después de cinco años de vivir en la casa, pagando religiosamente un recibo cada tres u cuatro meses, me pongan ahora en la calle?

IRE. ¿La despiden?

VEN. Eso quieren. Pero no hay guardia civil en el tercio, pa sacarme a mí del cuarto.

(Aparecen en la caja derecha, Angustias, llorosa como una Magdalena y Esteban su marido, en mangas de camisa).

ESTEBAN. ¿Se puede de pasar?

IRE. ¿Es usté señor Esteban?

EST. Yo y esta madre desollada.

ANGUSTIAS. ¡Ay mis criaturas! ¿Dónde las voy a recoger, Dios mío?

EST. No glarimees, Angustias, que te doy con el puño.

ANG. ¡Hijos de mi corazón!

EST. Aquí venimos a defender un derecho y no a hacer pucheritos.

VEN. ¡Así hablan los hombres!

EST. ¿Está doña Paquita?

IRE. No.

VEN. Por lo menos a mí me la han negao.

IRE. No diga eso, Venancia.

EST. ¿Y ese tio vaina, al que le voy a mascar la nuez?

ANG. ¡Ponerme en la calle los cachorros!

VEN. Los cachorros y los cacharros, señá Angustias.

IRE. ¡Por Dios, cálmense!

EST. ¿Está o no está el tío ese?

IRE. Volverá enseguida.

EST. Entonces, asiéntate, Angustias y no nos humedezcas las oraciones.

IRE. Yo creo que todo podrá arreglarse.

EST. Claro que se arreglará. A última hora lo arreglaremos a tiros.

VEN. ¡Los bravos!

ANG. No lo jalee usté antes de hora, porque es de los que se "rajan".

EST. ¿Que yo me rajo? ¡Malditos sean los albaranes!

VEN. Parece que tarda el señor Caruso Esteban ¿por qué no le echa usté una voz?

EST. Por la galería ¿verdad? Con tu permiso, Irene.

(Desaparece por la derecha).

IRE. Pero Dios mío ¿qué intentan ustedes?

VEN. Nada malo, hija mía. Convencer a la se-

ñora de que es una iniquidaz lo que se nos hace.

EST. (*Dentro.*) ¡Señor Caruso! ¡Señor Carusooo!

CARUSO. (*Dentro.*) ¡Alerta está!

EST. ¿Va usté a bajar o qué? Estamos ya toda la conclave.

CAR. Voy, voy.

(Llega Esteban por la derecha).

EST. Ya baja. Este es un elemento de fuerza. ¡Y que no pinta ni nada!

VEN. Hombre; eso de que pinta es un decir. A mi suegra, que esté en gloria, le hizo un retrato y la tomaban todos por el vigilante nocturno.

(Llegan por la derecha, la señá Generosa y Serafín).

GENEROSA. (*Tirando de Serafín.*) Que no te suelto, ea. Estas cosas son pa que las arreglís los hombres, por las malas o por las peores.

SERAFIN. Déjeme, agüela y no me busque una perdición.

VEN. ¿Tan fuerte tié usté el genio, joven?

SER. No, señora; es que me tién muy tañao los detectives y como se arme bronca ya me estoy viendo de quincena.

GEN. ¡Sangre de chufas! De tí debía salir sacarle los hígados a ese mal hombre.

SER. Pero agüela, si no tengo el honor de conocerle.

IRE. ¡Dios mío! Aquí va a haber un dos de mayo.

EST. ¿Cómo un dos? Ya le pues añadir tres o cuatro ceros.

(Se oye dentro la voz de Caruso que llega canturreando).

CAR. Salud y coraje.

VEN. Ya pensábamos que no iba usted a bajar.

CAR. Estuve haciendo un poco de gimnasia ¿sabe? (*Hace flexiones de brazos.*)

EST. ¿Ginasia?

CAR. Sí; por si hubiera que argumentarle a ese fariseo.

SER. (Menos mal que hay un voluntario pa las bofetadas.)

GEN. Aprende, gabachizo. Ahí tiés un hombre.

EST. Dos, señá Generosa.

CAR. Ah, ¿también usted, amigo Esteban, viene animado de propósitos contundentes?

EST. Le diré. Yo traía mi plan. Pero si usté tié gusto en romper las hostilidades, yo me quedo de reserva. Donde hay patrón...

IRE. ¿Pero qué va usted a hacer, señor Caruso?

CAR. ¡Ah! veremos, veremos. Mi lema es bien conocido. "No golpees mientras quede otro recurso; pero si golpeas, derrumba." (*Se pasea canturreando siempre.*)

EST. Amos, a mí es que me encanta este hombre.

IRE. Por favor; tenga usted en cuenta que esta es una casa decente.

CAR. Ya me hago cargo, escultura policromada; pero vamos, si a mí me ponen en el arroyo, no ofrezcas una gorda por las fosas nasales de don Leocadio.

IRE. Arréglenlo ustedes como sea; pero sin disgustos.

CAR. A eso venimos, precisamente. Basta que tú lo quieras.

IRE. Yo por la señora, que es una santa. Ella no tiene la culpa. Se lo juro. Es don Leocadio.

CAR. Mejor. Con los hombres se entiende uno antes.

EST. Usté es de los míos. Yo, con las señoras enseguida me doy. Pero con los hombres... ¡mi familia con los hombres! Y si me salen flamencos mejor que mejor.

(Se oye la voz de D. Leocadio).

LEO. ¡Irene!

IRE. Ya vuelve don Leocadio.

CAR. ¿Quienes faltan, de los nuestros?

VEN. Los del 5 y el 7. Los guardias.

EST. Habrán hecho tarde por no variar.

LEO. (*Agrio.*) ¿Se puede saber qué irrupción es ésta?

CAR. La irrupción de los bárbaros.

LEO. Si usted lo dice...

CAR. Porque usted lo piensa. (*Canturrea.*)

LEO. Hombre, ¿quiere usted no atormentarnos los oídos?

CAR. Es una costumbre.

LEO. Muy mala, por cierto. Sobre todo en esta ocasión. ¡Vengo yo para tarantelas!

IRE. Aquí, los señores...

LEO. ¡Los señores! No ha debido usted dejarles entrar.

CAR. Pare la jaca, amigo.

LEO. Esto es allanar una casa decente; coaccionar a una señora indefensa.

IRE. Yo, don Leocadio...

LEO. Retírese.

IRE. (*Al mutis.*) Aun pagaré yo los vidrios rotos.

(Sale por la derecha).

LEO. Y ahora, hablen ustedes; pero de prisa; que no tengo el tiempo para echarlo a perder.

CAR. Mi distinguido: si se pone usted así, esto acabará pronto y no muy bien.

LEO. ¿Me amenaza usted?

CAR. Aláh me libre de semejante indiada. Yo pego, pero no amenazo. Aquí, los moradores de las altas esferas, venimos a reclamar contra una determinación que nos perjudica. A reclamar en buenas formas. Tenemos derecho a que nos escuche usted sin destemplanzas.

LEO. (Si me achico estoy perdido.) Estas reclamaciones colectivas son impertinentes y molestas.

CAR. Pero hijo mío, si nos majan a todos, todos tenemos que quejarnos.

LEO. En resumidas cuentas: ¿qué es lo que quieren?

CAR. Que se nos deje tranquilos en nuestras guardillas hasta que encontremos otros pitañares.

LEO. Que será el día del juicio.

CAR. Probablemente.

LEO. La señora ejerce un derecho.

CAR. Hablen ustedes. (*Sigue cantando.*)

LEO. ¿Va usted a callar o no?

CAR. Vamos, hablen.

EST. Yo quiero que me se diga...

LEO. Se me.

EST. Que me se diga...

LEO. Se me.

EST. Que me se me diga por qué me echan.

LEO. Porque conviene así. ¿Qué pasa?

EST. Bueno está, hombre. Usté disimule.

VEN. Su marido se ha "rajao".

ANG. Si lo conoceré yo, a los ocho años de dormir juntos.

LEO. ¿Era esto lo que tenían que decirme?

VEN. Yo...

GEN. Una...

ANG. ¡Ay mis criaturas!

CAR. ¡Pues sí que le ponen tibio! ¿Y para esto me han hecho ustedes madrugar?

LEO. La cosa esté hecha y no tiene remedio. Pueden retirarse.

CAR. Antes, he de decirle yo, yo, don Juan de Orduña, por mal nombre Caruso, que esto es una canallada.

LEO. Esa palabra don Juan...

CAR. La he dicho de corazón. Una canallada.

EST. Sí señor; dígalo usté muy alto.

VEN. Y no tendremos vergüenza si nos dejamos atropellar.

CAR. Yo la tengo, gracias a Dios; y no me voy de mi cuchitril, que pago religiosamente, aunque me monden.

EST. Ni yo.

GEN. }
VEN. } Ni nosotras.

LEO. ¡Vaya si se marcharán!

CAR. Lo veremos.

LEO. Ya lo tengo visto.

CAR. Que le operen las cataratas. Tran la ran, tran la ran.

LEO. Me desespera este pintamonas.

CAR. Adjetivos iracundos, no; porque como le dé un puñetazo en un ojo, ya puede despedirse de la niña. Tran larán, tran larán...

LEO. Largo de aquí. Y a desalojar enseguida las habitaciones.

CAR. Que se cree usté eso.

EST. Pero que va a ser lo otro.

VEN. ¡Tio mala alma!

GEN. Arrímale, niño.

SER. A mí no me meta en líos, agüela.

LEO. Esto es un atropello intolerable. Por fortuna hay leyes.

EST. Que se calle, so lila.

VEN. A tirarlo por el balcón.

CAR. No; todavía no. Más adelante ya veremos. Tran larán...

EST. ¡A la calle con él!

TODOS. ¡A la calle, a la calle!

CAR. (*Interponiéndose.*) Todavía es pronto.

TODOS. ¡A la calle con él!

LEO. ¡Socorro! ¡Guardias!

(Llegan por la derecha Urbano y Donoso, guardias de seguridad).

URBANO. ¿Hay permiso?

LEO. Gracias a Dios que llegan ustedes una vez a tiempo. ¡Detengan a esta chusma insolente!

URB. ¿Oyes, Donoso? Este hombre es el marasmo.

DONOSO. El marasmo y décimas.

LEO. ¿Eh?

URB. En este momento no somos autoridades; sino vecinos enritaos.

LEO. ¡Me he lucido!

URB. Y venimos a hacer causa común con nuestros cólegas.

CAR. Esto va bien. Esto va bien. Tran larán...

URB. Si a mí me echan a la calle por usté,

es que le hago harina esa bola que lleva encima de los hombros.

DON. Y servidor, engrudo con la harina.

LEO. Esto se pone muy feo.

EST. No sé como me reprimo con este geniazo que Dios me ha dao... (*Amenazándole.*)

VEN. A lyncharlo, pa que escarmienten otros caseros.

TODOS. ¡A lyncharlo! ¡A lyncharlo!

CAR. Calma. Nos queda una tecla por tocar todavía. Antes de meternos en bronca seria debemos hablar con Doña Paquita. Es buena, y puede que lo arregle todo sin árnica ni puntos de sutura. ¿No les parece?

EST. Lo que usté diga.

URB. La legalidaz ante todo.

CAR. Se nombra una comisión, encargada de dar este paso.

VEN. Una comisión de usté solo. Aquí no hay más hombre que usté.

EST. Poco a poco señá Venancia; que yo también llevo mi miaja de pantalones.

URB. Y aquí hay otra pareja varonil. Pero por eso no haya cuestiones. Que vuelva solo el señor Caruso a hablar con Doña Paquita.

CAR. Como disponga el pueblo soberano. (*Se acerca a la derecha y llama.*) ¡Irene!

(Llega Irene).

IRE. Mándeme el señor.

CAR. ¿Tardará la señora?

IRE. Está en el entresuelo. Si usté quiere, la llamo.

CAR. Sí; que tenga la bondad de subir. Yo voy a engalanarme un poco, porque así no estoy presentable.

EST. Y nosotros, ¿qué hacemos?

CAR. Retirarnos ordenadamente. Arriba en mi estudio esperaréis el resultado de esta gestión.

EST. Viva el Sr. Caruso.

TODOS. ¡Viva!

CAR. Gracias, amado pueblo.

(Sale Caruso seguido de todos menos de D. Leocadio. Le aplauden y vitorean durante el mutis).

LEO. ¡Qué humillación! ¡Qué vergüenza! ¡Ese mamarracho me las pagará! Yo inventaré algo terrible.

(Vuelve Irene de acompañar a los que salieron).

IRE. ¡Buena la ha hecho usté!

LEO. Calla. Bastante me repudro yo por dentro! Si no hubiera más que liarse a tiros con esa gentuza...

IRE. ¡Qué disgusto para la señora!

LEO. ¿Te parece que el mío es flojo?

IRE. Y aguarde. Milagro será que no se juegue el cargo. El cargo y las narices. Porque el señor Caruso es un hombre.

LEO. ¡Un canalla, dirías mejor! ¡Mal tiro le den! Mala puñalada le peguen, al revolver de una esquina.

(Llega D.ª Paquita por la izquierda).

PAQ. ¡Qué lenguaje tan poco cristiano!

LEO. Dispénseme: pero estoy que echo chiribitas.

IRE. ¿Se ha enterao la señora?

PAQ. De todo. Desde la galería del entresuelo he oído las voces. ¡Qué borrón para mi casa! (*Sollozando.*)

LEO. ¡Han querido atropellarme!

PAQ. A lo mejor se enterarán los periódicos. ¡Dios mío qué vergüenza! Y no ha sido por no advertirle a usted. Bien claro le dije que no quería disgustos.

LEO. Doña Paquita, yo... Por su bien lo hice...

PAQ. ¡Por mi bien! Por sacarle a Magaña unas pesetas.

LEO. Señora... Esto llega al alma. Después que me he jugado la vida...

PAQ. Ninguna necesidad había de soliviantar a esa pobre gente...

LEO. ¿Pobre gente dice?

IRE. Claro que sí, señor. ¿O es que por vivir en la guardilla no son de carne como los demás?

LEO. ¡Oh! El infierno ha desatado contra mí sus iras. ¡Voy a dar en loco!...

(Llaman a la puerta).

IRE. Debe ser el señor Caruso. ¿Le digo que pase?

LEO. No. ¡Es un golfo, un tabernario! No le reciba.

PAQ. ¿Por qué no?

LEO. Porque la faltará, seguramente.

IRE. No lo crea usté, señora.

LEO. Además ya no hay remedio. He cerrado compromiso con Magaña.

PAQ. La dueña soy yo, y nada he firmado todavía. Que pase ese caballero.

(Desaparece Irene).

LEO. ¡Oh, oh! ¡Me abraso! ¡Me ahogo!

PAQ. Espere mis órdenes en el saloncito.

LEO. (*Al mutis.*) ¡Oh, oh! El Averno conspira contra mí. ¡Me queman las sienes!

(Sale por la izquierda, haciendo aspavientos).

PAQ. (*Acercándose a un espejo.*) Debo estar hecha una visión... No, pues aun me encuentro algo pasable. (*Se arregla ropas y cabello, con mucha coquetería.*)

IRE. (*En la caja derecha.*) Señora, D. Juan, el pintor...

PAQ. Que pase.

(Llega Caruso, repeinado, y muy compuesto, con su chaqué usadito, sus guantes, su chambergo).

CAR. (*En la puerta, inclinándose.*) ¿Da usted su permiso, señora?

PAQ. Adelante, amigo mío, adelante.

CAR. (Está de líneas como para sonreirse de la de Madrid-Cáceres-Portugal.) Ante todo, señora, mil perdones. Ha poco hu-

bo aquí una escena violenta. Yo comprendo que no hemos guardado el respeto debido a esta honorable casa.

PAQ. (Y este es el ogro tabernario?)

CAR. Mil perdones, repito. Hágase cargo de que los nervios estaban un poco tirantes. (¡La Madona qué memez de viudita!)

PAQ. Siéntese, amigo Caruso. ¡Ay!; usted dispense. Se me ha escapado. Como todo el mundo le llama así...

CAR. No me molesta. Antes me agrada, porque indica cierta afectuosidad...

PAQ. Muy gentil... Siéntese...

CAR. Usted primero.

PAQ. Sea. Y cuénteme, cuénteme... ¿Qué ha sucedido?

CAR. Lo que tenía que suceder, señora. Su administrador ha procedido con nosotros en forma que no quiero calificar. Y la tempestad ha estallado en las alturas.

PAQ. Esa gente baja se insolenta pronto.

CAR. Es buena como el pan; pero un poco violenta. Si la atropellan, se revuelve.

PAQ. En este caso, no creo que tengan razón. La casa es mía y puedo despedir a quien me parezca.

CAR. Perdone, perdone... Nadie discute su derecho de propietaria. Pero poner en la calle a siete familias, así, de golpe y porrazo, con lo difícil que está el problema de la habitación, créame, que es un poco fuerte.

PAQ. Desde ese punto de vista, claro...

CAR. Pues eso es lo que se ventila, señora. El modo, la ocasión. ¿A usted le conviene alquilar los altos, porque se los pagan mejor, por lo que sea? Santo y bueno. Nos despide amistosamente, nos da un plazo para buscar donde meternos y aquí no ha pasado nada. Pero echarnos a puntapiés, como a los perros, no pue-

de ser. Y no será. Con el mayor respeto se lo digo. ¡No será!

PAQ. Me gusta su manera de ser, señor artista.

CAR. ¿Pues qué creía usted? Yo he sido siempre un caballero.

PAQ. Lo reconozco; pero tenía de usted medianas referencias. Me habían dicho que era usted... ¿cómo lo diré yo?... un poco desordenado, un poco bohemio...

CAR. Más de un poco, señora. Pero caballero, siempre .

PAQ. Me place, amigo Caruso. ¡Ay, perdóneme otra vez!

CAR. No hago caso. Y confianza por confianza. Eche usted los reflectores a otro lado, porque me ciegan.

PAQ. ¡Jajajá! ¿Qué reflectores?

CAR. Esos ojazos, negros como la pena y tostadores como el sol de los trópicos. (Me ha salido redondo.)

PAQ. ¡Caruso, qué galante!

CAR. Porque se puede, señora.

PAQ. Me parece que vamos a ser buenos amigos.

CAR. Ponga usted que ya lo somos. A mi me ha inspirado usted siempre una simpatía muy grande.

PAQ. Muchas gracias.

CAR. Siempre. Su hermosura, su sencillez y su recato tienen una fragancia penetrante. Ya de casada, me parecía usted una admirable mujer de hogar...

PAQ. Es usted muy amable.

CAR. Luego, como yo tengo este corazón que rompe los chalecos, me impresionó mucho su viudez, su vida triste... Porque su vida es triste, ¿verdad Doña Paquita?

PAQ. ¡Por Dios! Suprima ese doña que me espanta.

CAR. Como quiera. Su vida es triste, ¿verdad Paquita?

PAQ. Triste, lo que se dice triste... Pero vul-

gar sí que lo es. De nada carezco; puedo decir que todo me sobra. Y sin embargo hay en mi alma un vacío...

CAR. Es que Dios, a ratos, parece tonto. ¡Mire que dejarla a usted viuda, tan joven y tan guapa!

PAQ. ¡Aquel pobre! ¡Con lo bueno que era! (*Se lleva el pañuelo a los ojos.*)

CAR. Tenía pinta de serlo. En fin, que nos espere muchos años.

PAQ. ¡Si usted supiera cómo me adoraba! Sólo tenía ojos para mirar a su mujercita.

CAR. Bueno; la mujercita es como para desojarse mirándola.

PAQ. ¡Pobre!

CAR. Usted debía estar enamoradísima.

PAQ. Más que enamorada, agradecida. Me casaron con él, porque era un buen partido. Y entre eso y la diferencia de edad... ¿qué le diré yo?... No me inspiraba ese amor de juventud que es una hoguera...

CAR. Comprendido.

PAQ. Pero fué para mí tan bueno, tan bueno, que le adoraba como a un santo.

CAR. Ahora veo más claro lo del vacío.

PAQ. ¿Por qué lo dice, amigo Caruso? ¡Ay!

CAR. Usted no ha vivido, Paquita.

PAQ. Sí; una vida llena de paz y de dulzura.

CAR. Bueno; ha vivido, pero no ha soñado. Y no basta. Para ser feliz, hay que soñar un poco. Sobre todo, en la edad dorada.

PAQ. Puede que tenga usted razón.

CAR. La tengo que se me sale por las puntas de la chalina.

PAQ. Yo he sido muy feliz en mi matrimonio. Y sin embargo, en lo más hondo de mi ser, queda siempre como un anhelo impreciso...

CAR. ¡Natural! Desconoce usted la verdadera alegría de vivir, porque ignora lo que es el amor.

PAQ. ¡Señor Caruso! (*Dulce reproche.*)

CAR. Le digo su triste verdad. Usted ha querido a aquel buen hombre mucho, mucho... como a un padre.

PAQ. Esa es la palabra.

CAR. Pero su corazón no ha ardido nunca en el divino fuego.

PAQ. Así es.

CAR. No puede ser de otro modo. Su marido sería—perdón por la sinceridad— un hombre maduro, sencillo, ordinariote...

PAQ. Sí...

CAR. Reumático o dispéptico tal vez.

PAQ. Un poco padecía del estómago.

CAR. Llevaría ropa interior de bayeta; puede que roncara por la noche...

PAQ. Bastante el pobrecito mío.

CAR. ¿Cómo podía inspirarle una pasión, a usted tan exquisita, tan espiritual, tan mujer?

PAQ. ¡Calle, por Dios! Me parece que estamos ofendiendo al difunto.

CAR. ¿Qué va, señora? Si ya hemos convenido en que era lo más bueno del mundo.

PAQ. ¿Bueno? Al morir me dejó toda su fortuna: esta casa, valores del Estado, unas tierras en su pueblo... Seis mil duritos de renta. ¡Y sin condición ninguna!

CAR. No diga más. Un santo. Sin embargo no era su hombre. Usted necesitaba un tipo como yo, alma de artista, corazón bohemio. Un romántico que la amase locamente, ciegamente...

PAQ. ¡Ay!

CAR. Un poeta que supiera exhibirla a usted como una magnífica rosa de pasión. (Estoy bueno de veras, ¿eh?)

PAQ. Caruso, por Dios, que me desconcierta su palabrería alucinante.

CAR. También yo soy un triste, Paquita. Solitario como un hongo venenoso, llevo a cuestas el fardo de mi vida rota. Las gentes me creen un vicioso vulgar, un

perdido. ¿Qué saben las gentes del dolor de sentirse solo y fracasado?

PAQ. ¿Fracasado usted? ¡Por Dios! Si me han dicho que pinta unos cuadros tan preciosos que solamente las molduras son ya una maravilla.

CAR. Fracasado, Paquita. Y es lo horrible que llevo un triunfador dentro. A veces, siento arder en mi interior la llama divina del genio. ¡Las cosas de que yo hubiera sido capaz! Pero me ha faltado el resorte supremo.

PAQ. ¿Cuál?

CAR. El amor. Una mujer, comprensiva, enamorada, buena; así, como usted; una musa, que me inspirase; una diosa a la que ofrendar mís laureles...

PAQ. ¡Pobre Caruso!

CAR. ¿Me compadece usted?

PAQ. Que mal arregladas están las cosas del mundo.

CAR. Muy mal. Usted y yo parecemos cortados el uno para el otro. Y sin embargo, usted se casó con el pobrecito de las bayetas, y yo me pudro de soledad y de desilusión en un zaquizamí junto a las nubes...

PAQ. Cosas de Dios.

CAR. Caramba, pero a Dios se le puede rectificar algunas veces. Por ejemplo, nosotros ahora. Libres los dos, tristes, un poco soñadores, ¿cree usted que Dios se enfadaría si juntásemos nuestras almas gemelas?

PAQ. Calle, Caruso.

CAR. ¡Qué bello ideal! Un idilio de otoño, la estación de los grandes encantos... La boda... El expreso... Italia... Roma... Florencia... Nápoles... Doble embriaguez de arte y de amor... Y a la vuelta, yo arrullado por usted, realizar mis sueños de gloria...

PAQ. Calle, por favor...

CAR. Ya comprendo que no estaría muy bien hacerle pagar todo al difunto; pero, qué diantre, ¿para qué cometió la tontería de morirse?... ¿Calla usted, Paquita?

PAQ. Respete usted esta ropa negra...

CAR. Respetarla y algo más. Yo no soy egoísta. No aspiro a un radical corte de cuentas con el muerto. Por el contrario; si usted se decide a quererme, juntos iremos a llenar su tumba de siemprevivas.

PAQ. (*Alzando los ojos al cielo.*) ¿Tú oyes esto, Jacobo? Es que parte el alma... Permítame, Caruso... (*Se levanta y tomando un retrato de su marido, que habrá encima de un mueble, lo cubre de besos y de lágrimas.*) Perdóname, Jacobo mío; pero me parece que ya tienes sustituto.

CAR. (La he dejado para las mulillas. Bueno; si me oye Cyrano detrás de un cortinón, sale y me abraza.)

PAQ. Usted sabrá perdonar, amigo Caruso, estas expansiones naturales.

CAR. ¡Señora, por Dios! Está usted en su casa.

PAQ. Me ha conmovido usted toda.

CAR. Y... ¿nada más?

PAQ. De una mujer conmovida a una mujer enamorada, media muy poco.

CAR. ¡Paquita!

PAQ. ¡Caruso!

CAR. ¡Vamos a ser más felices!

PAQ. Silencio. Por hoy nada más. Deje que mi luto pase. Que aquel bendito no tenga que echarnos en cara... ni tanto así.

CAR. Pero supongo que no me despedirá usted de la guardilla.

PAQ. Desde hoy tiene usted mi confianza plena. Usted manda y dispone en esta casa, que es como suya.

CAR. Ni a esos infelices tampoco.

PAQ. Lo que usted, quiera. Usted hace y deshace.

CAR. Gracias, mujer.

(Llega D. Leocadio por la derecha, torvo, muy torvo).

LEO. Con permiso. Vengo a pedirle a la señora su venia para retirarme.

PAQ. Tenemos que hablar de una cosillas.

LEO. Lo siento, pero desde este momento dejo de ser el administrador de la señora.

PAQ. ¿Lo ha pensado usted bien?

LEO. Sí; doña Paquita.

PAQ. ¿Y es su decisión irrevocable?

LEO. En absoluto.

PAQ. (*Altiva.*) Lo siento muchísimo; pero no puedo llorar.

LEO. Ya me lo figuro. A los pies de la señora (*Inicia el mutis.*)

CAR. No sea usted camello. Ahí van esos cinco y... lo pasao, pasao.

LEO. (*Mirándole de arriba a abajo.*) Beso a usted la mano. ¡Si aquel pobre levantara la cabeza!

(Sale por la derecha tieso como un huso).

CAR. ¡Habrá grosero! Para mí que ha estado escuchando. Hombre, no quiero que se vaya sin un recuerdo mío. (*Intenta seguirle.*)

PAQ. ¡Déjelo! Bastante desgracia tienen los que no pueden comprender...

(Llega Irene por la derecha).

IRE. Señor.

CAR. ¿Qué hay, preciosa? Tran larán...

IRE. Los vecinos de arriba. Se les hace que tarda usted demasiado, y vuelven a saber qué decide la señora.

CAR. Que pasen... Digo... con licencia de usted, Paquita.

PAQ. ¿Cómo no?

(Desaparece Irene).

CAR. ¡Menuda alegría se van a llevar!

PAQ. ¡Pobres!

CAR. Hay que ver lo poco que cuesta ser bue-

nos. Total para nosotros, ¿qué son unas pesetas arriba o abajo?

PAQ. ¡Y qué lo diga!

(Llegan Venancia, Esteban, Angustias, Generosa, Serafín, Urbano y Donoso, seguidos de Irene).

VEN. Ya disimulará, señora; pero estábamos en brasas.

EST. Yo ya empezaba a echar humo. Como tengo este geniazo que Dios me ha dao.

ANG. ¡Ay mis pobres criaturas!

GEN. A ver si el señor Caruso se nos ha pasao al enemigo.

SER. Calle usté, agüela; que ese hombre tié unos bicepes como troncos de árbol.

URB. ¿Ha habido entente?

CAR. Sí, amigos míos. Estáis de enhorabuena. Nadie tiene que pensar en mudarse. Agradecédselo a doña Paquita que es un ángel.

(Grandes demostraciones de alegría y de afecto).

PAQ. Al que le debéis gratitud imperecedera es al señor Caruso.

CAR. No está bien que yo lo diga, pero acabo de hacer por vosotros lo que no haría un padre por sus hijos.

VEN. Que se sepa.

TODOS. Que se sepa, que se sepa.

CAR. Porque no anduvieseis con los trastos al hombro y durmiendo a la intemperie, yo, el solterón irreductible, el bohemio, el incasable, haré el sacrificio de unirme con doña Paquita como Dios y el arte mandan.

TODOS. ¡Ah!

CAR. Conflicto resuelto. Nadie tiene que pensar en mudarse. Ahora que pagaréis por los cuartos un poquito más. Una cosa es ser inquilino y otra cosa ser casero.

EST. Este hombre es nuestro padre.

CAR. (*Inclinándose.*) Señora; cumplida mi embajada, nos retiramos.

PAQ. Adiós Caruso. Ya sabe. Esta casa es como suya. Adiós a todos.

CAR. Vamos, buena gente.

EST. ¿Y hemos de consentir que salga por su pie?

VEN. Bajo palio, le debíamos llevar.

EST. Bajo palio no digo; pero en hombros, ¿por qué no?

TODOS. Sí, sí. En hombros. (*Lo levantan en vilo.*)

CAR. ¡Soy un hacha! Que salga otro casero llevado en hombros por sus inquilinos.

TELON